

Algunas de las cosas que Plebella es o podría ser

x Ignacio Antonio

Plebella son muchas palabras, cada vez más. Preguntas y respuestas, explicaciones o conjeturas, sentidos a propósito de la poesía. Algunos que escriben sobre lo suyo y otros que escriben sobre lo suyo. Los lectores que la interpelan, los seguidores que le desean éxitos, la evocan o la recuerdan. Se acerca misteriosamente, como el objeto de su observación, a lo propio, a lo de todos y a lo de nadie.

Alguna vez fue para mí un eslabón perdido entre lo conocido y lo sospechado.

Desde hace muchísimo tiempo es voluntad latente. Antes y después del papel. Una nebulosa de necesidad y deseo hasta que sus mentores la nombraran primero y la hicieran tangible después, o viceversa.

Plebella también es alguien desnudo, alguien escrito. Varios cuerpos entregados al público y un poema que se hace mientras se recita (y, casi, se grita). Pensamientos que llegan al papel primero y devienen luego en acciones conjuntas, en una cadena de manos, materializándose nuevamente en la carne viva.

Es una promesa, una reivindicación y una prueba. El salvavidas de algunos ideales y la reformulación permanente de ciertos hábitos metadiscursivos.

Es el fruto hermoso del esfuerzo de una madre. Leitmotiv de una maratón de incansables embarazos cada cuatro meses.

Plebella es una infinidad de cosas.

Plebella es ella.

Ignacio Antonio

Ignacio Antonio, poeta, colabora con plebella en diferentes tareas de producción, prensa y aguante.

Al voleo, lo que fue, lo que es, lo que será

x Marimé Arancet Ruda

De los números de *Plebella* empiezo quedándome con el de “La mujer”, el 21. Porque eso –mujer- resultó para mí la escritura. Eso que empecé practicando en una *underwood 319* a los ocho añitos, según descubrí –la anécdota es larga, como la cueca- junto con Rom al pensar en el inicio de la poesía en mi biografía; al menos el inicio como autora.

También elijo el nº 21 porque en ella publiqué un poema de mujer, vaya si lo es, sobre el aborto. Asimismo, porque la experiencia de *Plebella* es para mí del todo femenina: esto de andar pujando y pariendo, y nunca a solas ni con médico o paramédicos, sino en el calor de la bañera de la casa propia -o prestada- y con manos/brazos/piernas/corazón de los que agarrarse; y con los cuales,

también, abrazar y sostener a otros. Para el urdido de este breve texto, rebusco entre mis ciberpapeles y traigo a colación un poemita regalo a *Plebella*, escrito en abril de 2011, que –sorpresa para mí– alude a esta comunión que bulle, invita, acoge, envuelve y se expande:

porque sé
 ple
 bella y tanto
 plena ella de mil
 gracias
 de letras tramas
 en cobre
 sobre un vientre
 que no acaba
 de crecer
 plenísimamente
 sí
 má
 amiga

A veces es bueno constatar que lo que uno piensa no surge de un día para el otro.

Por otro lado y al mismo tiempo, *Plebella* funciona como instancia de ‘hacer el poema’, esto es de escribir, de escuchar, de compartir, de cambiar, de discutir. Como dice Efraín Barquero: “La poesía es como hacer un gran fuego”, y, luego, agrega “[...] tú nunca olvidas quién estaba sentado al lado tuyo.”, como en todo momento de pasaje. *Plebella* convoca y alberga, mientras uno esté dispuesto a seguir dando a luz.

En tren de elegir otro de los números de la revista –¿cómo me gusta mirarlos!, ¿cómo me gustan tus ilustraciones, Eduardo!–, de entre los que tengo aquí a mano, me quedo con el 15, ¡oh!, “La niña bonita” – y esto es pura coincidencia, si es que tal cosa existe-. La 15 porque en ella está la sección de “Artes poéticas – Aires contemporáneos”, que

precisamente me llevan, una vez más, a pensar qué y cómo es la poesía para mí *hic et nunc*. Es necesario aclarar que esta sección empezó en el número 14, “La borracha”, excusa que me facilitaría invitar ya al brindis, pero lo aplazo.

Arrastrada por la 15, dejo salir algunas ideas-vivencias hasta ahora adquiridas. La poesía puede ser visión, sin duda, y transposición al verbo. Y, también, Ella (Pleb-poesía) puede ser pensamiento, aunque más que su puesta en texto, diría que es lo que se piensa con y en el lenguaje. Lo que venía siendo aparentemente mera idea o relato, cobra el ritmo de la respiración, el lenguaje se nos hace otro, o bien uno mismo se hace lenguaje. Esta transformación acontece en quien a partir de un simple sonido, de una palabra tal vez, termina desarrollando lo insospechado. Esa fue mi lejanísima experiencia con estos versos que me tomaron mientras esperaba el 37 en la Av. Las Heras, allá por 1991: “Todo se rinde/ Iseo/ cuando te nombro”; y a estos inesperados tres versos siguió un epistolario completo entre Tristán y su amada. Puedo evocar otra similar, más actual: todo lo que ocurrió después de un fortuito poema llamado “Más noticias sobre la occisa”, que abrió paso a 30 poemas más con 52 notas (!).

Y de aquí saco otra hebra, para agregar que visión o pensamiento, la poesía es, sobre todo, voz; incluido el silencio que la redondea y que le permite resonar y reverberar. Es necesario prestar el ‘ser-oído’ en tensión rotunda para captarla: la propia y la ajena. Por cierto, *Plebella* es oído, aguza el oído, estira la oreja y llega a hacerse altavoz. Es un oído exquisito, capaz de escuchar las más diversas inflexiones, modulaciones, timbres, ritmos, cadencias, agitaciones y sofocos. No-hay-imposición-de-poética-alguna. En todo caso, ya que es oído, *Plebella* sí espera “la forzosidad de una voz”, como proponía y vivía Edgar Bayley. Después la ofrece, se ofrece, a quien quiera escucharla.

Vuelvo al inicio: “La mujer”, “La niña bonita”, “La borracha” para concluir que la poesía es cuerpo. Ocurre que la poesía ocurre en el cuerpo. Y no se puede llegar a ella, si no es con la totalidad de uno

mismo. Ésta es su dificultad. Y su facilidad. Alianza monogámica, pero con muchas caras. Amor que exige exclusividad rara.

Finalmente, mientras continúo tejiendo a la luz de este fuego y con el canto y el silencio de todos los demás, quiero agregar algo obvio, pero justo y necesario a la hora de hablar de esta revista de poesía

actual. *Dicendum est*: el alma de *Plebella* es Romina, quien tiene el don que describe Julito –Cortázar- en “Para escuchar con audífonos”: el de calzarse los auriculares, con pericia y notable gusto -agrego-, para ingresar en “la caverna del cráneo, los oídos abriéndose a otra escucha”, la gruta negra que cada uno le proponga.

Marimé Arancet Ruda

Marimé Arancet Ruda, poeta, ensayista y académica de enraizado espíritu plebello. Colaboró en *plebella* con ensayos y poemas y en 2010 dio una charla sobre Miguel Ángel Bustos. En 2009 participó en las Jornadas aniversario en la Casa de la Lectura.

Sobre los segundos y los días x Marcos Bauzá

Descubrí a *Plebella* como posibilidad y herramienta hace algunos años. Por entonces, leía *Ramona*, revista de artes visuales donde la imagen permanecía como evocación en lugar de ser expuesta. *Ramona* y *Plebella* signaron mis años de producción poética y plástica, a través de la reflexión, análisis y puesta en práctica de la palabra como acción en el mundo. Un número de ambas revistas estaba atravesado por el otro. Los géneros se hallaban difusos. Las artes se habían vuelto transgénero. Percibí ahí un intersticio, una pista que me llevó a vislumbrar algo mucho más allá de los condicionamientos de estilo, los corsés que impiden el eterno fluir de la energía creativa. Fue allí, en ese preciso instante en el que me aboqué con firmeza a la idea de conseguir más números de *Plebella*. La oportunidad sucedió como un acto ineludible, como el feroz movimiento que sacude una tras otra las piezas de un dominó rally, como reacción en cadena de rizomáticos sentidos. Una epifánica imagen mental fue configurándose en medio de un viaje a Buenos Aires con la perfecta excusa de visitar Expotrastiendas. Ahí pude conocer por vez primera grandes museos y galerías de la metrópoli.

Fui a decenas de espacios culturales, entre ellos al CC Recoleta. Allí quedé fascinado con Miguel Ángel Petrecca, en una muestra que linkeaba con esta extraña sensación que recorre toda mi obra. Al volver a la feria, conocí a una chica de una editorial independiente con un stand repleto de publicaciones. Me compré una Plan V y ella accedió a enviarme el libro “El Maldonado”, con una amiga de La Baulera que se quedaría unos días más. El libro es exquisito y me imbuí en él decenas de veces para verme reflejado en una especie de manantial subfluvial inconmensurable.

Otro recorrido de ese breve viaje me llevó al Malba, me sentía en extasis y asistí a una premonición. Al entrar en la tienda descubrí una *Plebella* entre los anaqueles y luego otra. Al consultar vi que tenían varios números. Llevé todos los que pude, en una especie de afán irrefrenable para un joven del interior que abría los ojos con admiración. Recorrí una a una esas páginas, esos dibujos, ese placer por lo escrito, ese júbilo de la escritura, esa fiesta de las letras. En el subte mientras leía, vi un teléfono de contacto y envié un mensaje de texto donde especificaba mi deseo de contactarme y suscribirme.